

Conservar la cordura

Jordi Nadal



Hay tanto odio tribal acumulado, que los populismos no necesitan apenas asesores de imagen. La gente, la mala fe, la incultura, el resentimiento y la situación actual les hace todo el trabajo. Ni siquiera será necesario que nos controlen las vidas con inteligencia artificial, algoritmos y reconocimiento facial.

Hemos entregado el mando a distancia de nuestras vidas a dos grupos bien distintos: a determinadas teocracias tecnológicas y a las tribus. Todo lo que cabe en nuestra mano tiene el poder de destruirnos (cierto que, si lo que tenemos entre manos es bueno, también tiene la posibilidad de crearnos). El móvil, las redes sociales y el mando a distancia de la televisión son dos tipos de centrales nucleares con sistemas de seguridad deficientes.

Pero un libro nos podría defender de la ira implacable de quien encarga guillotinas en lugar de respiradores. Estamos entregándonos al odio. Derribando estatuas, disidentes y oponentes. Derribando a quien discrepa. Derribando a quien no contesta lo mis-

mo que nosotros. Haciendo dimitir a quien no nos gusta. Tirando la piedra (digitalmente) y sin necesidad de esconder la mano.

¿Acaso existe algún país immaculado, im-poluto, bueno por esencia que no haya tenido esclavos? Vamos a ver, ¿borramos de un plumazo toda la sabiduría grecolatina porque tuvo personas sometidas, sin libertad? ¿Conocemos la historia de la esclavitud en nuestras culturas? En otros países, mientras Grecia y Roma tenía esclavos, ¿qué tenían? ¿Cursos de *mindfulness* para los que no pensaban como ellos? Se supone que Oriente es pacífico. ¿De dónde salieron Mao y Pol Pot? ¿De Figueres o Ciudad Real?

No hará falta generalizar la segunda enmienda de Estados Unidos y regular nuestro derecho a ir armados. No hará falta pegar tiros. Qué vulgaridad, manchan de sangre el suelo. Para destruir hoy a una persona, utilizamos el teclado y muchos utilizan las redes como bisturí (solo que la mayoría ni es médico ni quiere anestesista). Hoy queremos *cortar por lo sano*. Demasiada gente quiere jugar a la pelota con la cabeza de sus adversarios. Cada vez que alguien habla de pureza, se preparan hogueras y cadalsos. Miedo deben darnos.

Lees el periódico y te cae el *alma* a los pies (mis disculpas por emplear esta palabra, porque hablar de alguien que tenga alma enfurece a la tribu laica radical; y si escribes la palabra *pies*, la asociación de personas mutiladas ya habla con sus servicios jurídicos).

Así, damas y caballeros (añado otro grupo

ofendido, los que detestan las formas que no les gustan), no se puede vivir. Tengamos la fiesta en paz. Hay que crear riqueza y cultura para que la gente tenga oportunidades y ganas de convivir.

Los libros me han ayudado siempre. Entre otras cosas, porque no tengo tantas conversaciones profundas y sinceras. Tienes que tener muchísimas horas de vuelo y amistad para que alguien te diga algo en serio sin estar ni desesperado ni levemente pasado de alcohol.

Los libros me muestran el camino. No hay

Hay que crear riqueza y cultura para que la gente tenga oportunidades y ganas de convivir

nada que me haga valorar más la consciencia que esta frase: “La consciencia es un invento judío”.

¿Saben quién la dijo? Adolf Hitler.

Cuando en una argumentación se llega a ejemplos relativos al nazismo, es que estamos apurados de argumentos. Calma. Nos hace falta mucha más calma y buena fe. Hoy, es tan preciso tener valor como prudencia, y –añado– mucha suerte..., para que no te lapiden.

Le decía a un gran amigo, que tiene una función social de la que nos deberíamos en-

orgullecer, que tengo miedo de la que nos viene encima, por más que sea fuerte ante la adversidad. A lo que me contesta:

“Lo entiendo perfectamente. Me encuentro en la misma tesitura. Viendo la administración pública desde dentro, estoy asustado: la democracia liberal, la libertad de expresión, la responsabilidad individual (no tribal, propia de los regímenes totalitarios y de la prehistoria), el respeto a la ley, la igualdad de oportunidades... Todo eso que entendemos por democracia y civilización ha entrado en crisis. Los altos funcionarios callan sibilamente ante sus mandos políticos, nadie osa decir, como en el cuento, que el emperador está desnudo. Se ha impuesto la forma más refinada de censura: la autocensura. La nave se va a pique, y nadie tiene agallas para decírselo al timonel, por miedo a perder prebendas o expectativas. Estoy asustado como tú, ante la degradación de las instituciones, que presencio, como todos, en persona. Y, sin embargo, me resisto a callar y a dejarme llevar por la corriente, y digo siempre lo que pienso, boicoteando así mi futuro profesional.”

A veces pienso que soy un privilegiado. Creo que por más libros buenos que he leído, recibir unos pensamientos confesados con esta inteligencia e intensidad y serenidad me dan más fuerza, aunque me inquieten muchísimo.

La dignidad de las personas me hace compañía. Kant decía que las cosas tienen precio y las personas, dignidad. De repente, la filosofía, una vez más, me ayuda a vivir. ●